

# Cosquillas

30 céntimos



—Autorizo a usted a que me haga el lazo del zapato, si me promete apretar bien.

(Dib. de Demetrio).



La bella actriz Magde Bellamy en una escena de la soberbia producción de la Fox-Film titulada "Sandy". (Nosotros la titularíamos "La Karaba".)

# COSQUILLAS

REVISTA COMICO  
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL DE PUBLICACIONES  
Y EDICIONES, S. A.

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.355

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 30 de Abril de 1927

Núm. 31



DÍAZ-ANTÓN

## Cositas en estado de feto

por

### “El Chino desconocido”

Vamos a ver si nos ponemos de acuerdo para clasificar sin subterfugios ni falseamientos a ciertas niñas *bien* de las que se sacan a la escena en obras que todos proclaman como justamente observadas en el natural.

Algunos de esos personajes que ponen de relieve los excesos de ciertas modernidades de las mujeres, representan en escena cada pendonada que hace sonrojarse a las *esquineras* que, como espectadoras, ven la función. ¡Y vamos... vamos a ponernos de acuerdo para denominarlas justamente, porque algunas figuras (de las mencionadas) dan la silueta de un pulpo.

\*\*\*

Empiezo a convencerme de que lo que nos hacía falta era un poco de civilización para ver de cerca sin derramamiento interno, la semidesnuda belleza de la mujer moderna. Hace muy pocos años se hacía cola para tomar billete en un teatro en el cual mostrase sus bien torneadas piernas una actriz. Ahora ya pueden salir a escena las tiples a modo de anuncios del petróleo Gal en el Paraíso, que la cola no tomará parte en el asunto.

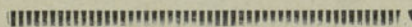
\*\*\*

¿Y qué me dicen ustedes de los rimbombantes rótulos que entre admiraciones utilizan las Empresas teatrales para decirle al público lo excelente que ha sido el estreno de una obra?: “¡Exito jamón!” “¡Exito bomba!” “¡Macanudo éxito del maestro Organillo!”... y otros parecidos. Espero que las Empresas teatrales llegarán al rótulo agresivo, y redacten de esta manera sus carteleras: “¡No tienen ustedes vergüenza si no acuden, pero *ya*, al teatro Congosto para partirse la tabla del pecho aplaudiendo “La hija de la grandísima”, la partitura del maestro Saxofón, en la que ha puesto más bemoles!”

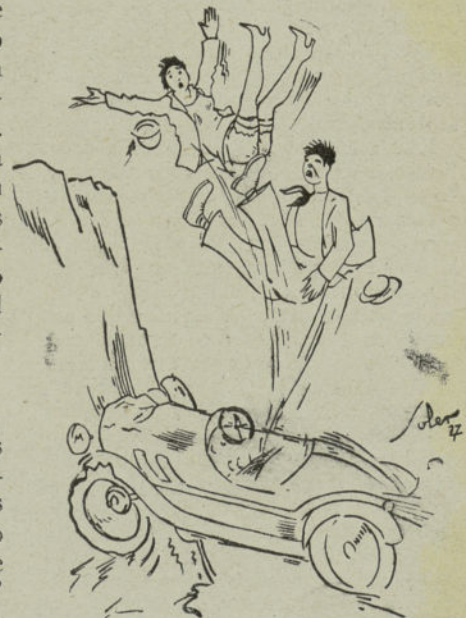
\*\*\*

Vuestro (¡pero qué iba a decir!)

EL CHINO DESCONOCIDO



**Este número ha sido revisado por la censura.**



### LA ULTIMA CARICIA

Ella.—¡Pero hombre, qué te hago ahora para que me pegues!

Dib. de Soler.

## Club Incórdiez

Queridos hermanos: Repito la demanda de vuestro perdón por no ocuparme de vosotros en este número, pero estoy con dos jorobas en estos días.

Vuestro,



INCORDIEZ



### La secta de "Lasagistas"

¡Demetrio de mis entretelas; qué negocio te propongo para cuando tengas un ratito libre!...

Verás... Me lo ha inspirado un compañero tuyo; un dibujante y pintor que ha revolucionado a los franceses y que se está chupando la gran vida.

Este ciudadano era, hasta hace poco tiempo, un modesto minero en Burburc, en el Paso de Calais, donde sudaba la gota gorda desde la mañana a la noche, con el pico en la mano arrancando a la madre Tierra cada pedrusco que daba gozo... Un buen día (y aquí empieza lo bueno); un buen día dice que escuchó en las tinieblas de la mina una gran voz que le ordenaba con imperio: "¡Suelta el pico! ¡Tú serás pintor!" Oírlo y obedecer la "obra fué de un momento", como cantan en "El asombro de Damasco". Soltó el pico que manejaba y el otro pico, el de la lengua, para participar a todo el mundo la maravillosa revelación.

Agustín Lasage—que así se llama el tal—, ya no dejó de oír voces comunicatorias y agradables: "¡Trasládate a París!" "¡Compra tales y tales lápices; tales y tales tubos de pintura!" "¡Alquila un estudio en buena calle!"... Lo que no hacía la voz era anunciarle el giro de unos francos. Sin duda, el espíritu marimandón contaba con que el número de bondadosos es inacabable. Lasage—quiero hacerte notar que la fonética de este apellido es idéntica a la pronunciación de "el sabio", en lengua gala—, comenzó a recibir algunas sumas de sus conciudadanos. Se trasladó, en efecto, a París; tomó el estudio; proveyóse de telas, caballetes y pinturas, y allí le tienes, pintando unas cosas absurdas—rayas, círculos, cuadrados, rombos—, que los inteligentes aprecian como muestras singulares de un arte superior y magnífico. Ya han salido los sabios declarando que Lesage es maestro de una pintura nueva y que lo que emborriona tiene las características todas de las escuelas más significadas. "Interviews" periodísticas, visitas de marchantes propicios, exposiciones, cuanto, en suma, es nuncio de popularidad y del éxito, hace amable la vida del antiguo minero. Si nota que disminuye el fer-

vor de sus muchos adeptos, dice que ha oído la voz que le mandó pintar y ya se forma cola en su antesala.

¿Qué te parece el truco? Bien explotado pudiera hacernos ricos. Nos bastaría formar la secta de los "Lasagistas", erigiéndonos en sumos sacerdotes. Tú imagínate a las muchachas que forman tu clientela—tan bellas todas, las hijas de mi alma!—, imagínatelas saliendo a la calle dispuestas a bordar su

papel de iluminadas, diciendo que escuchan una voz misteriosa que las incita a toda suerte de locuras. ¿Quién sería capaz de llevarles la contra? Si haciendo lo que hacen, sin que nadie se lo ordene, se llevan el dinero de grandes y de chicos, ¿qué sería poniendo los ojos en blanco un poco antes de empezar sus trabajos, y diciendo con vocecilla feble: "¡Me ordenan este sacrificio!"... No creo que ningún nacido que se precie de culto, la pudiera echar por la tremenda.

Piénsalo..., y a redactar los Estatutos. El busilis está en no admitir varones, porque no se les ocurren más que bobadas, como la de este Lasage. Y, a lo peor, nos salía un pollo pera con que la voz secreta le mandaba hacer majaderías, que, ni en secreto, son pasables...

LEOPOLDO BEJARANO.

*Las más bellas fotografías y los dibujos más artísticamente sugestivos, contendrá nuestro extraordinario de primavera.*




—¡Desde que se han metido las dos hermanas a estrellas de cine se han zuelto más cursis!... ¡Y es que tenían unas ganas de verse en cinta!



COSAS DE ALGUNAS, por Demetrio.

—Estoy pensando en ir a Martín a ver “Los cuernos del diablo”, con mi marido. Pero no sé cómo proponérselo, porque como siempre le estoy diciendo que es el mismo Lucifer



# Cosas de Belorcio

Fritz se va a Cádiz

—¿Estás malo, Fritz?  
—Oh, carramba, ya ma astoy moi mocho fastante pien...  
—Pues yo te encuentro con la cara muy chupada.  
—Demasiado más chubara ma la ha teniro yo antes de esta horra. Ya ma astá pueno. Ahorra, lo que ma basa es que ma pengo de un faje...  
—¡Hola! ¿Has estado fuera?  
—Sí. Ma ha saliro de Madrid tres días. Ma ha estado a la Salamanca.  
—¿A qué has ido?  
—A boda de mi puen amigo mio Fleta...  
—Fleta.  
—Sí, esto se está: Fleta. ¡Qué puen tenorr!, ¿eh?, ¡qué puen tenorr! ¡Qué fella muguer su señora esbosa!, ¿ferdad? Moi mocho fella, sí...  
—Mucho.  
—Antonşes nos ilo heinos basa-



Ella.—Estoy arruinada, Jim. Necesito, por tanto, que mañana montes como para ganar el gran premio.

El jockey.—Entonces tendrá que pasarse la señora duquesa sin la lección

Dib. de Oscar.

do moi mocho fastante pien, carrampa. El insidente sa astuvo al regreso, que ma le tuve que haser an un carro, borque no se hapia automóviles...

—¿Es un carro?  
—Sí. An un carro donde se tenían barra Madrid un puen capalterro carretero y su esbosa, moi mocho simbática... A boca de salir se nos echó ansima un auto a tere meter...  
—¡Horror!  
—El capalterro carretero saltó a un árbol bor liprarse del golpe...  
—¿Y tú?  
—Yo antoneses ma turré a la carreterra...  
—¿Fritz!  
—¿Cómo que si no ma doy brisa ma hase del sisco! Esto es que yo tengo del susto el mala carra chubara...  
—Pues yo me dije: "Nada, el amigo Fritz se nos ha ido de picos pardos".

—¡Oh, los bicos bardos! Mocho que ma gustan a mí los bicos bardos. Berro ahorra no; ahorra me tengo yo de las relaciones formales con una herrmana de la leche...

—¿Cómo?  
—Una moi mocho pella muguer-sita matrileña que sa astá toda ella mi herrmana de la leche...  
—¿Herrmana de leche tuya?  
—Esto es, sí.  
—Pero querido Fritz, ¿no dices que es matrileña?  
—Sí. Ella sa astá matrileña.  
—Y tú, ¿no eres de Berlín?  
—Ya. Yo ma soi de Berlín.  
—Entonces, ¿cómo podéis ser hermanos de leche?

—Antonşes nos astamos los dos hermanos de la leche, borque los dos nos hemos criado con la leche

condensada, ¡carramba! ¡Jo, ¡jo!, ¡jo!...

—¡Que te frian el páncreas, so teutón!

—Ahorra famos a astarnos salidos de las promas, ¿eh? Yo viene a despedirme.

—¿Te vas?

—Ya. Ma va a Cadis...

—¿A Cádiz?

—Sí. Ma astoy un boco bastante apurrido de Madrid, de las cuergas de Madrid, de las muguerres de Madrid...

—¿Y te vas a Cádiz?

—Ma voy, sí. Ma han haplado muy bien de las moi mocho pellas fiestas de Cadis... Hay moi mochos grandes herrmosos edifisios, bresiosos baseos...

—Pero, Fritz... ¡Tú cansado de la bacanal! ¡Tú, camino de Cádiz!...

—Sí, yo. Ma voy a Cadis, borque ma han richo que allí hay un ma'ecón que está moi pien...

BELORCIO.

En el próximo número: "La muerte de Fritz".

Muy pronto se empezará a publicar la "Biblioteca de COSQUILLAS".



—Espero que te separes pronto de Ernesto.

—¡Pero si no nos hemos juntado todavía!

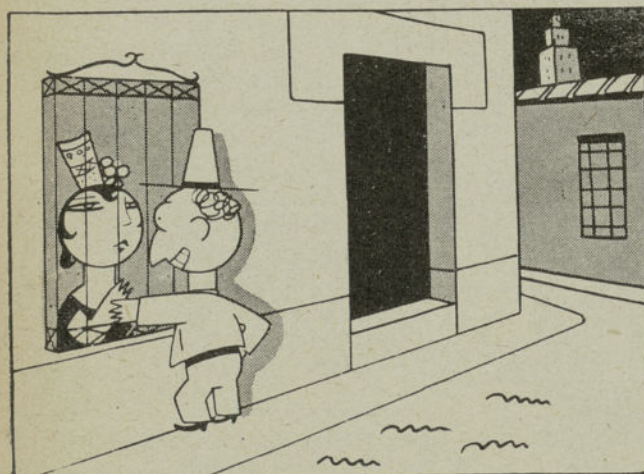
# CANTE JONDO, por Mihura



1.—Era Curro er de Triana un muchacho mu juncá que cantaba lo flamenco colosá.



2.—Pero un día vió a una mosa bonita como una fló y eso que pone ahí arriba juró.



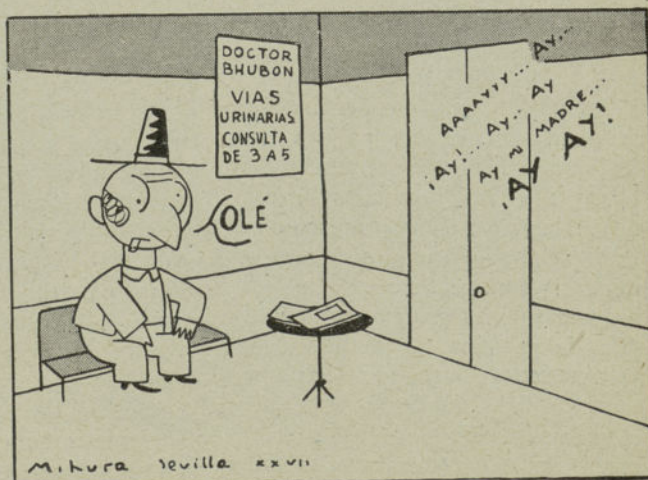
3.—Y allá, después de la sena se ve en la reja un mosito y una cara mu morena y unos claveles bonito...  
ESTRIBILLO  
¡Virgen de la Macarena!



4.—Y su compadre Frasquito:  
—Yo quiero oírte—desía.  
Y Curro le contestaba:  
—Antes quiero haserla mía.



5.—Hasta que un día logró que ella le diera la llave Currito allí se coló con un pantalón de talle.



6.—Y a los quince días su com pare Frasquito le oía todas las tardes de tres a cinco.

Mihura Sevilla XXVII



JUEGOS PRIMAVERALES, por Bellón.

El.—Anda, vamos a escondernos para asustarlos como ayer.  
Ella (con ingenuidad).—Bueno ¿Pero llevas el periódico para ponerlo debajo?



## Nuestro extraordinario de Primavera

SI EL TIEMPO NO LO IMPIDE TENDRAN USTEDES OCASION DE COMPROBAR QUE EN LAS PAGINAS DE NUESTRO EXTRAORDINARIO HA QUEDADO PLASMADA TODA LA BELLEZA DE LAS MUJERES DEL MUNDO ENTERO. LA BELLEZA, COMO DECIMOS, QUEDARA PLASMADA, Y USTEDES QUEDARAN PLASMADOS

## Diccionario de COSQUILLAS

(CONTINUACIÓN.)

A

**AFEMINAR.**—Tendencia muy arraigada en nuestros pollitos frutitas, y de la que huyen, por el contrario, nuestras jovencitas "garsones": la caraba en dos episodios.

**AFÓNICA.**—No piques, por si las moscas. Aunque te diga que tiene un catarro más grande que un bidón de gasolina.

**"AFUSILAR"**.—Lo que haría yo con más de cuatro "virtuosos" de la pluma o del pincel (que se lo creen ellos). Tampoco estarían muy fuera de su sitio amarrados a un pesebre decentito.

**ATANTADO.**—Sujeto con el cual nos tropezamos, desgraciadamente,

a cada momento. Lo más práctico para quitárselo de encima es darle un buen "metío" y sentarlo de... terminación de espalda.

**ATERRIZAR.**—Lo que suele hacer el marido en el momento crítico; pero no hay que asustarse: se le invita al vals, y a otra cosa.

**ANCHO.**—El "corazón" de muchas niñas "garzones" de esas que guían automóviles y se charlestonean como los propios ángeles. Algunas lo tienen como un tranvía.

**ALTO.**—Lo que me decía la hija de una patrona siempre que un servidor de ustedes se la tropezaba en el pasillo; qué manía, ¿verdad?

**AMIGO.**—Un "ente" al cual no debes poner nunca en contacto con tu mujer, con tu dinero ni con tus ideas.

**AMIGA.**—Una cosa que se lleva al cine y a los merenderos.

**AMANSAR.**—Tarea encomendada

a las varas de fresno. Conviene tener un repuesto de ellas, porque suelen tener una vida efímera.

**AMBIGUO.**—Tipo de moda que usa combinación malva, se arregla las cejas y se embadurna el semblante. Visto desde lejos parece un hombre.

**AMBIGÚ.**—Sitio donde no debes llevar a más de dos féminas, porque a lo mejor, como te descuides, tienes que pedir una paga adelantada.

**ANDA.**—Palabra cariñosa que nos dicen las gachises cuando están próximas al patatús. Nosotros —para qué vamos a darnos postín— si no les decimos eso, les decimos algo parecido. Lo más gracioso es que ni uno ni otro nos movemos de la "chaise-longue".

ALBERTO PÉREZ GARCÍA.

(Continuará.)



## Cómo se salvó una vida

Hay defectos de la naturaleza que son más graves por su trascendencia; otros, por la necesidad que implican. Grave es que le falte a uno el brazo derecho, o que tenga mala pata, o que ponga en blanco un ojo cuando el otro se le cierra. También es grave tener las manos largas. Ahora bien; una verruga en la nariz, un lunar en la barba o una peca, no peca. Es fastidioso o es suerte, según su colocación. Estar mudo es una lata, porque no se pueden cantar las verdades del Barquero al primer imbécil que nos tropieza. Estar sordo suele ser una ventaja para evitarse las latas del prójimo, o las ternuras de la esposa después de la luna de miel. Estar tartamudo..., esto es harina de otro costal. Estar tartamudo es poder y no poder; es excitarse y excitar al oyente; es una exposición a muchos peligros, "por no hablar claro".

Pues bien, se dan casos. Tal como ustedes lo oyen. Se dan casos de ser una fortuna la tartamudez. Un tartamudo tal vez se perjudique por no poder defenderse pronto; pero, en cambio, no acusa a tiempo, y ello fué la salvación de Ricardito.

Ya sabéis quién es Ricardito. Es el prototipo de la imbecilidad y la gansería. El eterno "niño bien" que presume de elegante, que no puede dormir con luz de bonito que es, y que, aparte de su nombre, sólo sabe el color de moda para la corbata, la casa donde se dará el próximo te y la jamona más sensible en la penumbra del cine.

¿Conocido? Si no conocéis a este Ricardito, conoceréis otros parecidos. Es lo mismo. El caso es que Ricardito tenía relaciones "de ocultos" con la señora de Pérez, y lo malo fué que el señor Pérez se enteró un día aciago de esas relaciones, que le sacaron de su calma habitual.

El señor Pérez supo la trágica noticia en su oficina, y se le puso el bisoné de punta (porque era lo único que se le podía poner de esta manera). Hecho una fiera, agarró el revólver de un amigo que era de Cuenca y entró en su casa decidido a exterminar a los culpables. ¿Cómo iba a dejarse mancillar por un botarate así, de figura afeminada, ridículo y zafio? La venganza sería horrible...

Y, revólver en mano, entró en su casa.

La criada, tartamuda desde su infancia, sintió que se le ponía la carne de gallina. No acertaba a moverse; pero el señor Pérez le obligó a ir delante, para descubrir a los adúlteros que estaban muy ocupados en aquellos momentos.

Al entrar al dormitorio, que daba al jardín, sorprendieron a la señora de Pérez sin más atavío que una camisa verde. El señor Pérez apenas la reco-

nocía; bien es verdad que nunca había visto a su respetable esposa en indumentaria tan descoada, y de no haber sido por la cicatriz del brazo, la hubiera tomado por la Bella Dorita, actuando en un vodevil galante.

Reconocida la cónyuge, el señor Pérez echaba fuego.

—¡A ver, Ricardito! ¿Dónde está ese mequetrefe, que he de matarlo? ¿Dónde?

La esposa hizo un gesto de asombro. La criada tartamuda empezó a decir:

—Ric..., ric..., ric...

—Sí, el reloj; ya lo comprendo. Yo pregunto por el ladrón de mi honra.

—Es... es... capado.

—¿Cómo? ¿De veras? ¿Estás segura?—preguntó el señor Pérez, sintiendo que su furor se calmaba en seco.

—Yo... mis... ma lo he vis... vis... to.

—Pues en ese caso no puede... no puede haber peligro—exclamó el buen señor, dejando su revólver en una me-

silla. Y volvió los ojos a contemplar a su rolliza esposa que, con la camisita verde, le parecía nueva y... apetitosa—. ¡Pobre muchacho! ¿Quién iba a pensar...?

—La criada, con menos miedo, seguía diciendo:

—Es... es... capado por es... esa ven... ven... tana.

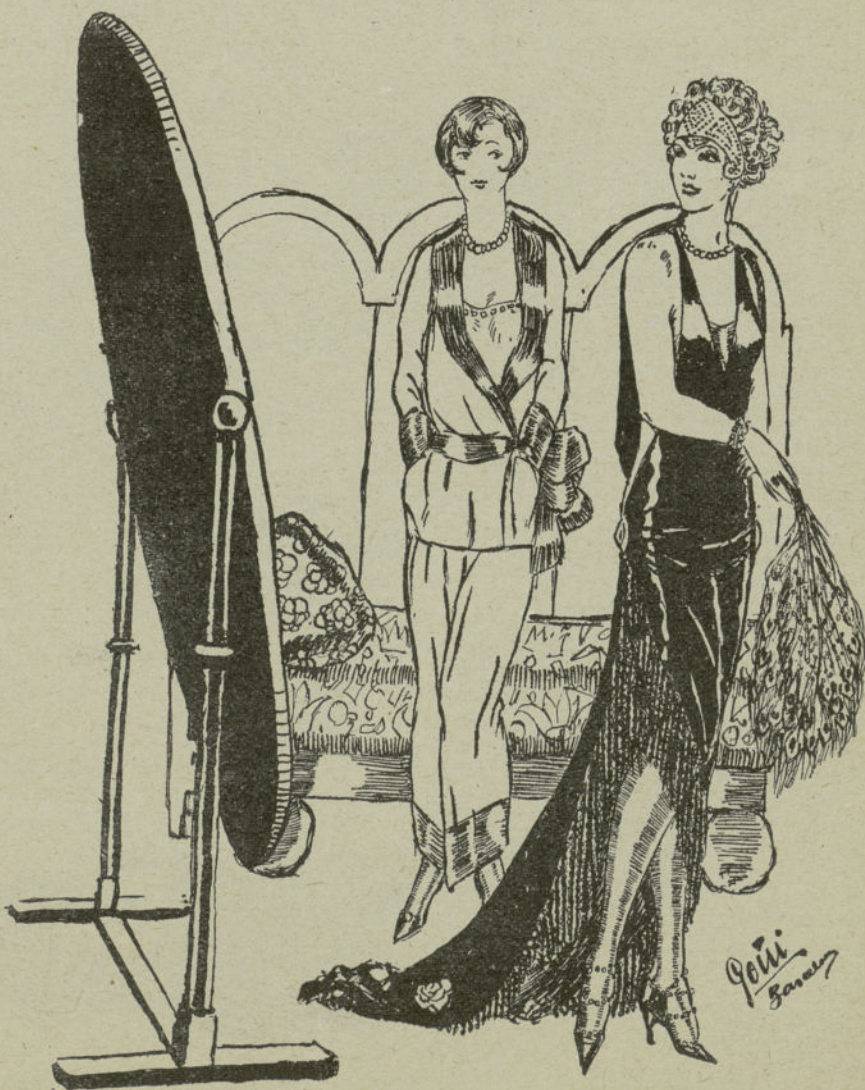
Pero el señor Pérez ya no la oía. La camisa verde se le había subido al cerebro y, aprovechando el caso excepcional de que se le hubiera subido, ordenó a la criada:

—Sal y cierra la puerta.

Y la criada salió sin comprender. Y el señor Pérez se acercó a su esposa. Y ésta le sonrió melosamente, mientras bendecía la tartamudez de su criada.

Y la vida de Ricardito se salvó así. Ahora, díganme ustedes si no hay defectos que son una suerte.

JUAN DEL TURIA.



Una.—Ya se ve que tu viejo es muy espléndido, a juzgar por el lujo con que te viste. Debe tener mucho dinero. ¡Bien chupas del bote!

Otra.—¡Mi trabajo me cuesta!

Dib. de Goñi.

Hablado.



## Los "sketchs"

"El trabajo embrutece"  
SKIWACHI.

"Los guardias de seguridad son las personas que más trabajan".—EL AUTOR.

### Nota preliminar.

Varios amigos míos me dicen constantemente dos cosas:

Que escriba un *sketch* y que no me muerda las uñas del pie izquierdo delante de las señoritas de diez y ocho años.

Además de esto, dicen que encontrar un asunto para el susodicho *sketch* es difícil como beberse un sidral en una copa de anís.

Yo les voy a demostrar lo contrario. Hoy, que no llueve y que ha salido mi tía Luisa, quiero complacerles y hacerles ver que eso es fácil como pegar un sello de 25 céntimos.

Y ahora hagan el favor de prestar un poco de atención, porque voy a empezar.

Dejen ustedes las bromas para las becerradas benéficas.

¡Adiós, vecera!

("Sketch" original, con una música que se pega al oído. Que se pega al oído cuando se oye con auriculares por la "radio" que, cuando no, se pega menos que un señor de setenta y cinco años paralítico.)

La escena representa un trozo de una isla salvaje. Aunque sería mucho mejor que representase una casa de ascensor, cosa que les hará mucha gracia a los espectadores que vayan con vale.

A la derecha hay una choza y junto a ella un cartelito que pone un maquinista y que pone así: *funciona el ascensor*, cosa que les hará mucha gracia a los espectadores que vayan con vale.

En primer término, hay un bastidor muy malo que figura el tronco de una palmera, y en el fondo, hay otro, lo mismo. Ahora, que en el fondo, es bueno.

Al levantarse el telón, Orina; Orina favorita del rey de los antropófagos que habitan en esta isla, está junto a la choza, buscándose un buen punto a un aparato de galena.

Kalus, rey de la isla, lee *La Voz*, sentado en un *bidé*, va vestido como nos figuramos todos a esta gente. O sea que se toca con una cafetera, se tapa con un corsé y se calza con dos cocos. Vamos, ya vestido de una forma que se le ve la cafetera y da miedo, y se ven los cocos y se solloza de espanto.

Kanans, secretario particular del rey, escribe en una *Yost* una carta para su madre que está veraneando en Vigo. De media en media hora, da a una trela y tira del carro, aunque esto último se lo que debía hacer constantemente, porque parece muy bruto.

Kalus. Jamaio nohia kalatas,  
Orina.—(Muy enfadada.) Kriskatazo ponolikateo ovilo.

Kanans.—(Dejando de escribir y bastante asombrado.) ¡Aranaika jemika unola?

Kalus.—(Dudando.) Ojipnarla.

Orina.—(Contenta.) ¡Ako! ¡Ako!

Kanans.—Pomata okiguateo nochiunka.

Orina.—¡Ako! ¡Ako!

(En esto se levanta uno del público, que está contratado para este efecto, y dice:)

El del público.—¿Pero eso del tranvía fué verdad?

Kalus.—(Muy serio.) Onika y yao, opimalka.

El del público.—Bueno, bueno pues que no vuelva a suceder eso el jueves por la tarde.

Orina.—¿Onika utarlo?

El del público.—(Volviéndose a sentar.) No. El que vendía los galápagos se murió.

Kalus, Kanans y Orina.—(Muy contentos.) ¡¡Ako!! ¡¡Ako!! ¡¡Ako!!

(Cuando dicen esto, el público se da cuenta de que se están quedando con él y empiezan a dar con los bastones en el suelo de una manera que dejan el parquet como para que jueguen al guá los niños de cuarenta escuelas municipales.

Pero esto es un truco, porque al compás de los bastones empieza a tocar la orquesta, mientras que por el patio de butacas aparecen veintidós chicas caracterizadas de salvajes, con unas lanzas en las manos y con las que pinchan en las espinillas a todos los pollos que hay en las butacas del callejón.



Ella.—No sabía que fueras tan tímido en el campo.

Dib. de Soler.



Ella.—Si no es usted valiente no me siga, porque soy casada. Mi marido es tirador de esgrima.

—El.—Toma! ¡Y yo soy tirador de medios ladrillos!

(Cuando termina el número y se van las del conjunto sigue el diálogo en esta forma:)

Kalus.—¿De manera que ya estarán cebados los extranjeros?

Kanans.—(Comiendo unas bellotas que lleva en un cucurucho). Sí, Kalus; con esto los hemos alimentado durante tres meses.

Kalus.—¿A las muchachas rubias también?

Kanans.—Sipi.

Kalus.—Son bellas ¿verdad?

Kanans.—No. Son bellotas.

“(Todo el público se reirá mucho y entonces el rey dice:)”

Kalus.—Quiero fumar un puro, Kanans.

Kanans.—¿De qué marca?

Kalus.—De cualquiera. El caso es que tiren.

Kanans.—¿Que tiren? Pues ahí tienes varias.

“(Y salen por la derecha cuatro señoritas con una gran sortija de papel en la cintura, para que se note que representan puros habanos. Claro que algunas llevan la faja de una manera, que parece que se les ha enfriado el vientre. Hacen dos evoluciones y en seguida empiezan a cantar esta idio-tez:)”

Música.

Somos los puros del amor.

Y es nuestro aroma seductor.

Sí, señor.

Sí, señor.

Somos los puros del placer,

y nos tenemos que encender.

Hay que ver.

Hay que ver.

“(Luego entornan los ojos para dar a entender que van a decir algo picaresco y siguen cantando:)”

Y los hombres nos encienden con mecheros de bencina y nos meten en la boca con la nico... nicotina.

Que bien tiramos.

Que bien tiramos.

Y es que en esto señores, somos los amos.

(Y empiezan a tirarle al público cajetillas de 0,50 de Logroño, procurando echarlas bien, porque a lo mejor están diciendo: ¡Qué bien tiramos! ¡Que bien tiramos! y le dan a un señor en un ojo y le mandan una niña a Molinero.

(Cuando termina el número y se van todas sigue el diálogo:)

Hablado.

Kalus.—Bueno. Pues tráeme a los extranjeros que tengo ganas de merendar.

Kanans.—Ahora voy, goloso.

(Se levanta, se engancha en una rama y se hace un siete en los pantalones. El músico aprovecha este siete para colocar otro número.)

Música.

(Aparecen en escena 40 jóvenes que salen por el foro y que salen por 7,10 cada una entre gratificaciones y sueldo. Vienen vestidas de cocineros y dan muchos gritos.

Quando han dado dos o tres vueltas por el escenario bajan al patio de butacas y allí empiezan a dar pisotones al público y a chillar de una manera repugnante.

Como lo lógico es que los espectadores estén ya cansados de que se les moleste tanto debe salir a escena un representante de la empresa y decir lo siguiente:)

—Respetable público. En este teatro el escenario es reducidísimo. Como las señoritas bailarinas necesitan mayor espacio para sus evoluciones, la Empresa les ruega que pasen ustedes al esce-

nario mientras que las señoritas terminan su número. Total será cosa de cinco minutos escasos.

Entonces todos los del público aceptarán muy contentos, y después de coger sus sombreros se irán al escenario en donde les sacarán unas sillas para que descansen, mientras que las bailarinas siguen danzando por los pasillos y gateando por los palcos.

Quando terminan suben otra vez al escenario y los espectadores vuelven a ocupar sus localidades.)

Hablado.

Kolifa.—(Criado de Kalus saliendo despavorido por la lateral derecha)” Kanalaus, hijula patataké.

Todos.—¿Hijula?

Kolifa.—¡Anija! ¡Anija!

Kalus.—(Desmayándose)” ¡¡Pues la hemos fastidiado!!

(Hay un fuerte en la orquesta y vuelven a salir todas las señoritas del conjunto por el pasillo de butacas. En vista de eso todos los espectadores cogerán sus abrigos y se irán corriendo al escenario. Algunos se caen y son pisoteados por la multitud. Pero por fin logran llegar al punto donde deben quedarse.

Y allí les dan unas tarjetas postales con la letra de “Los puros del amor”.

Quando la han cantado cae o quince veces cae el telón entre grande aplausos de la clac.

\*\*\*

Y el éxito es seguro.

Los espectadores no pueden protestar. Están cansadísimos y deseando acostarse.

Y ya esté hecho un sketch como para lincharse de monedas.

¡Qué grande soy, Dios mío!

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de Mihura.)



—¡Estoy loca con mi modista!

—¡Hija; eso no lo debieras decir!

—¿Pero qué te has creído?

—Perdona, chica.

Dib. de Herreros.



# Cuentos al oído

## El fantasma

Era un callejón apartado del centro del pueblo. Lo componían a la izquierda una tapia terrosa, en cuyo borde ponía sus botoncillos de oro el jaramago, y a la derecha dos casuchas de caduco aspecto, que parecían apoyarse la una en la otra para no caer desmoronadas. Vivían en cada una de las casas una viuda. La de la primera casa se llamaba Petra y era una mujer morena con los ojos como brasas, con la boca encendida, con los cabellos tenebrosos y la carne restallante bajo el corpiño. La de la segunda casa se llamaba Inés y era una mujer rubia, de ojos azules, de crenchas doradas, y de una carnación suave, blanca, traslúcida, cual velada siempre por telas finas y reveladoras. La Petra y la Inés no se hablaban. Los difuntos esposos fueron enemigos durante toda la vida y su enemistad se perpetuó en sus mujeres de una manera sorda, pronta a estallar al menor asomo de pretexto.

Por el callejón aquel apenas pasaba nunca nadie. En el verano podían correr entre sus piedras las lagartijas con absoluta seguridad de no ser espantadas ni pisadas. Y, en el invierno, aparte las dos viudas, su único transeunte, solía ser el viento. Por la noche, sobre todo, ¡qué soledad la suya!... ¡Y qué tinieblas!... Hubo en tiempos un solo farol de petróleo, que hizo añicos una pedrada alevosa y, desde entonces, el callejón solo recibió la luz del día.

Cierta noche de enero disponíase Petra a acostarse. Estaba ya en su alcoba y se iba quitando la ropa paulatinamente con una perezosa delectación. A cada prenda de que se despojaba, alzábala del borde de la cama, donde estaba sentada, y se contemplaba erigida en un gran espejo frontero, un poco turbio, que le devolvía como temblando su tentadora imagen. La mirada de sus ojos fué posándose así en sus enmelados hombros, en su cuello, en las morenas sierpes de sus brazos, en el hondo valle abierto entre sus senos. Consideraba a la vez, un tanto melancólica, cómo aquellos hechizos suyos se hallaban condenados a una marchitez inactiva, de tal modo que, sopesar sus pechos con las manos trémulas, su boca se contrajo en una mueca triste. Iba ya a zambullirse en el lecho con un revoloteo de

nalgas y muslos al aire bajo la envoltura de la exígua camisa, cuando, de súbito, sintió un ruido estrepitoso en el callejón. Lo insólito del caso la movió a curiosidad. Mató, por consiguiente, la luz y, arrebujándose en un mantón, abrió

las maderas de una ventana y miró al callejón pegando la nariz contra el cristal. Al principio, no vió nada. Llovía. Las fustas incruzables de la lluvia caían con monótono murmullo en las sombras y se perdían con silente burbujeo en los charcos. Tras de unos momentos de sosiego el ruido que la Petra sintiera se hizo más intenso y he aquí que, de pronto, dobló la esquina un fantasma. Llevaba éste el cuerpo envuelto en una sábana, tapado el rostro y un largo capirucho sobre la cabeza, en cuya cúspide temblaba un farolillo de luz anémica, muriente, de agorería. De sus manos pendían unas recias cadenas que, golpeadas contra el suelo, eran las causantes del estrépito. La Petra, transida de espanto, no pudo resistir aquel espectáculo. Saltó al lecho, se subió la ropa hasta los ojos y quedóse trémula dando diente con diente. El rumor de las cadenas duró aún un poco; luego se hizo cada vez más tenue y al fin, se extinguió por completo.



DESPECHO, por Bellón.

—Su niña se pone demasiado tonta porque se va a casa con un viejo rico por el que me ha despreciado a mí... ¡Cuando lo que le hace falta al hombre es casarse... es lo que le hace falta!

A partir de entonces, el fantasma no dejó de pasar por el callejón noche alguna. La Petra le fué perdiendo paulatinamente el temor, visto que, al menos para ella, el fantasma resultaba inofensivo en absoluto. Así llegó a acontecer que cierta vez, incapaz de dominar su ansiedad, permaneció tras del cristal de su ventana, hasta ver cómo el fantasma luego de pasear mucho por medio del arroyo y de golpear las piedras con las cadenas y arrancarlas chispas, se entraba de pronto en casa de la Inés humillando ante su puerta, el enfardado capirucho. Aquello le causó un asombro extraordinario. ¿Qué haría allí dentro el fantasma?... Y aquella noche no durmió, presa de una viva inquietud.

Lo primero que hizo al día siguiente fué acechar a la Inés. Temía no verla salir, porque el fantasma la hubiese asesinado, o bien verla salir descompuesta, pálida, erráticos los ojos y trémulos los pasos, embargada aún por el pánico. La Inés no salió en toda la jornada. Y a la noche, a la hora de siempre, el fantasma hizo su acostumbrada aparición en el callejón volviéndose a entrar en casa de su vecina después de sus habituales maniobras.

La Petra, sin ser poderosa a contenerse, hallóse fuera de su hogar. Abrió la intención de avisar al sereno para ver lo que pasaba a su vecina. La enemistad es una cosa; la inhumanidad, otra. Anduvo un trecho del callejón. El viento ululaba lúgubrememente y en lo hondo del cielo ardían trémulas, febriles, las estrellas. La casa de la Inés ejerció sobre ella una atrayente fascinación. La Petra no pudo dominarla. Acercóse primero a la puerta; estaba cerrada. Siguió luego pegada a la pared y así llegó hasta una ventana ancha de complicados cerrajes. Las maderas de esta ventana no habían encajado bien; un rayo de luz escapábase por ellas. La Petra, casi contra su voluntad, miró un poco de soslayo; pero, al instante, asíó los hierros con ambas manos y casi metió la cabeza por entre los de ellos. Sus ojos comenzaron a rebrillar intensamente; su boca se abrió en un gesto asombrado; sus mejillas, de pálidas, tornáronse purpúreas... Un buen rato estuvo agarrada a la reja. Luego, de pronto, lanzó una carcajada estridente, frenética, inacabable, que el viento aullador apagó con su trajín silbante...

\*\*\*

A la otra noche, a cosa de las once, he aquí que apareció en el callejón el fantasma. Su paso era más solemne que nunca; el estrépito de sus cadenas más lúgubre que jamás lo fuera. En lo alto de su capirucho, el farolillo oscilaba semejante a un péndulo con su luz mortecina.

Cuando llegaba a la puerta de la Petra, abrióse la tal puerta de súbito y una mano, agarrándolo súbitamente de la sábana, tiró de él y lo arrastró hasta el portal. El fantasma se sobrecoigió de psmo; pero luego, compren-



Montero Bosch  
27.

—¿Quieres que vayamos al cine? Como hoy no puede ir Pocholo, te acompaño yo, y para eso da lo mismo.

diendo que, si perdía empavorecedor prestigio, deshonraría a la respetable corporación de los fantasmas, abroncó la voz y, dando un gran grito a tiempo que movía las cadenas, exclamó:

—Suéltame o te mataré con mi aliento de fuego...

Quien lo tenía asido, sin embargo, tiró de él todavía con más ímpetu hasta llevarlo a una habitación cercana. Allí había luz. El fantasma, entonces, pudo conocer a quién lo arrastraba: era la Petra. Recobrado el ánimo, insistió con una voz de óboe:

—Suéltame, mujer, si no quieres...

La Petra, sin pararse ante sus amenazas, le desciñó la sábana, le arrancó el capirucho y le apagó el farol diciéndole, mientras la desenmascaraba:

—Déjate de tonterías, Bartolo. Esta noche eres mío, mío... Te quiero, te deseo... Tómame... ¡Soy tuya!...

Y, loca, enardecida, se le colgó del

cuello y le besó desaforadamente en los labios hasta hacérselos sangrar. Al mismo tiempo, pegaba su cuerpo contra el del hombre, que así pudo sentir clavadas contra su pecho las lanzas enhiestas de los duros senos palpitantes. Bartolo—confesémoslo—, intentó resistir; pero no lo consiguió. Ya ella se desnudaba, cuando se le ocurrió decir como último argumento:

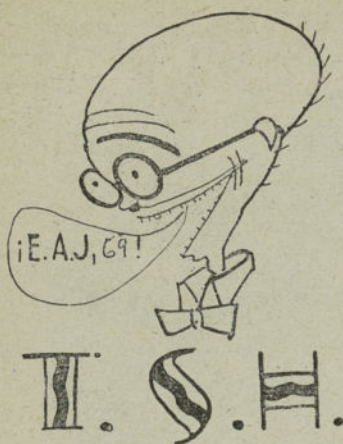
—Debo marcharme... ¿Qué va a pensar la Inés?...

La Petra, entonces, ladina, corrió a la ventana y separó un poco sus maderas.

—Esto es todo lo que podemos hacer por ella—dijo—. De este modo, si se le ocurre salir a buscarte, podría verte por la rendija, como yo te vi anoche...

Y, hecho esto, cayó sobre Bartolo como una tigresa en celo...

JOSÉ A. LUENGO.



Señores radioescuchas de mi estación: Al reaparecer tras de tan prolongado silencio y después de enviarles por la onda el más tierno de mis saludos, les quiero pagar la deuda de una explicación que me ponga a salvo de vuestro enojo, y que haga respandecer mi buen deseo de mantener con todas sus prerrogativas el título de *payaso de cámara* con que me habéis honrado. Ante todo debo decirlos que la principal causa del mutismo de mi estación Radio Incórdiez E. A. J. 69, de Madrid, ha sido el deplorable estado en que he tenido la antena durante tres meses, como resulta de una emisión desgraciada, en la que jugó principalísimo papel una conocida tanguista que ¡maldí!... Bueno, en público no me gusta ni debo maltratar a las señoras o señoritas. El yodiformizado accidente, que me ha hecho gemir incontables horas y ha abierto los cauces de mis ojos por los que se han precipitado turbulentas las amargas lágrimas de mi escozor. (¡Porque hay que ver si me ha escocido la cosa!) Me sugirió una idea-parangón, que si la lanzo en un periódico diario de alto bordo, me nombran redactor perma-

nente del artículo de fondo y me encargan de la crítica taurina de propina, ina, ina.

El ingeniero de mi estación, que también se le alcanza algo y aun algos de la ciencia de Hipócrates y que no tiene nada de hipócrita, me dijo con un acento más grave: "Amigo Incórdiez; de resúltas de la emisión de marras, no podrá usted utilizar la antena en lo menos tres meses".

Y he estado sin desabrochar la estación todo el tiempo que vaticinó el ingeniero-médico.

Y es que hay cosas secretas (aquí de la paradoja-parangón) que se propagan como las cosas que se quieren hacer públicas por medio de la radio, aunque esas cosas secretas se propaguen más lentamente. Por ejemplo, usted quiere divulgar que una partida de calcetines que acaba de recibir (y que por cierto con una materia fecal), son excelentes y que los expende usted al precio de pesetas una por par, pues no tiene más que contratar con mi estación de radio un anuncio a 0,50 palabra, que diga a la hechura de Ardavin.

¡Calcetín!...

Calcetín de colores brillantes, que siempre te pones antes que el brodequín.

¡Calcetín!...

Azules o de color chocolate, funda de tus quesos olorosos, que sirven de esponja a tus callos rocosos

víctimas del becerro-mate. Los de la marca "Congosto", te resultarán baratos en enero y en agosto.

Esto, dicho desde mi estación, llega a todos los ámbitos del mundo: No ha terminado de salir por la antena la onda propagadora y ya se está enterando un mandarín de Ton-Kin.

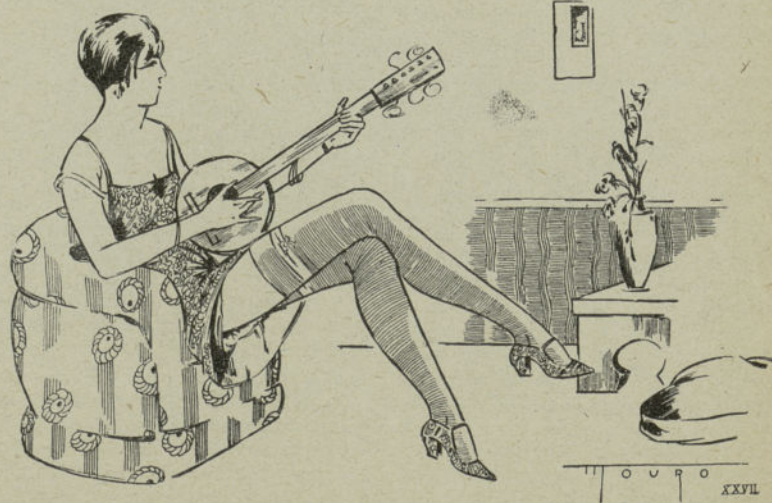
Las otras cosas secretas, también se propagan por el mundo, pero con más lentitud en su desplazamiento informativo. A lo peor, en Ton-Kin, al mandarín o a un coolí averiado o avariosado, se le ocurre platicar venusivamente con una desgraciada del barrio de las meretrices de panecillo y arenque, y rodando, rodando, le dan a usted el recado a los ocho años, el día en que busca usted el regodeo con una inquilina encartillada de la calle de Santa Brígida.

Vuestro hasta la propagación de la nuez moscada,

INCÓRDIEZ.

**FOTOGRAFÍAS  
SELECTAS: RARAS  
Hermosas colecciones  
10 pesetas en sellos de Correos o giro.  
Escribid a Excelsior, Poste Res-  
tante Central.**

**BORDEAUX (Francia)**



SOLISTA, por Mouro.

—Ya me he acostumbrado a acompañarme yo sola y lo paso tan ricamente.

### Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.  
«SECRETO FAUST», infalible  
¡aun septuagenarios! Envío plie-  
go cerrado, 0,25. Escribid  
Apartado 1.236. Madrid

¡... Y a prueba!

Amada lectora, este título tan conocido, no es como seguramente os habéis figurado, el remate del popularísimo pregón "¡De Miraflores... y a prueba!", que lanza el requesonero en estos días primaverales por las rúas de la Villa y Corte; no, esto es el comentario a una noticia estupefacientemente galante que he leído días atrás en un popular diario, dando cuenta de un pintoresco suceso ocurrido en Viena y del cual, si lo coge cualquiera de nuestros *originales* revisteros de teatros, saca un argumento como para hincharse.

Se trata de una denuncia planteada contra cierta popularísima casa de modas de dicha capital, en la que, según se afirma, había establecido un completísimo taller de pruebas con todos los adelantos que marca la ley (y aún con muchos más que caen fuera de ella), en el que toda señora en estado de merecer—no se indica el qué—que se encargaba en la citada *maison* un vestuario interno y completo, tenía derecho a que se le probase cualquier amigo de confianza del marido (del marido de la interfecta, naturalmente), siendo al parecer, tantas las clientas que acudían a que los amigos les probasen la combinación, que había que guardar cola, cosa que, dada la índole del negocio, no nos parece extraña ni exagerada.

La noticia se extendió como cualquier *horizontal*; alguien la ha denunciado no se sabe cómo, cuándo ni por qué, aunque se sospecha que ha sido algún socio de los que allí acudían a probar a las amigas las camisas de batista o los saltos de rama, el cual ha debido enterarse, a la postre, que su señora se surtía también en el establecimiento y ha pensado lógicamente que para surtirla a placer de lo que ella necesitase se bastaba y se sobraba él sólo, aunque ella pensase todo lo contrario.

Por ello, esta es la hora que los sabuesos del comisario principal andan indagando cuanto de verdad

exista en el fondo (y yo creo que en el fondo debe haber mucho).

Yo lamento que si se descubre que eso es cierto se castigue a los instaladores y se prohíba el funcionamiento del meritisimo taller de pruebas que coloca a Viena a la cabeza de las capitales europeas en cuanto a *cachet* y buen gusto para hacer las cosas, a más, que costaría muchas injusticias, porque así, cuando algún maldiciente aludiendo a determinada señora tratando de zaherirla, diga de ella que

presume mucho y no tiene camisa que ponerse, no faltará algún amigo piadoso de ella y del marido, que sabiendo en su defensa, no pueda decir:

—¡Eso sí que no es cierto, porque casualmente ayer mismo la he probado yo seis, la mar de caprichosas!

Con lo que la verdad quedaría en su justo lugar y la dama y el esposo agradecidísimos a la gentil defensa.

FIDEL PRADO.



PIROPO, por Bellón.

El viejo.—¡Señora estupenda; comollegue usted a decir que esta niña es hija suya la pateo las tripas!



Según el último censo inglés, la población actual arroja un mayor contingente de hembras que de varones.

Aunque para algunos será un consuelo saber que cada día hay menos ingleses, no lo es para las rubias hijas de Albión, que al parecer andan con el alma en un grito ante la imposibilidad de contraer matrimonio.

Por ello, parece ser que las mujeres inglesas se han decidido a afrontar la vida como viene, haciendo competencia a los hombres en los almacenes, en los talleres,

en las fábricas..., supliéndoles en su trabajo por menos precio.

Malo es que suplan al hombre en esos terrenos; pero peor sería que se decidiesen a suplirlos en otros, aun sin invadir... y a menos precio. Algunas profesiones se iban a poner baratasísimas. Por ejemplo: el ramo de cocina.

\*\*\*

El popular y discutido torero *Cagancho*, tomó la alternativa en Murcia... y tuvo que salir escoltado por la Guardia Civil para que no le lynchasen los espectadores.

Suponemos que *Cagancho* habrá pasado en el trance mucho miedo.

Y que esa tarde habrá justificado plenamente su nombre de guerra...

\*\*\*

Leemos que la artista inglesa *Mrs Fay Marbe*, antes de salir para Nueva-York, ha asegurado sus bellas piernas en cincuenta mil dólares.

Nos parece lógico que una artis-

ta que se gana el pan con esa parte de su cuerpo se asegure el porvenir ante el temor de un accidente que le prive de poder usar sus armas de trabajo.

Ahora, que si el ejemplo cunde, las casas aseguradoras van a tener trabajo en gran escala, pues hay por ahí una de señoritas artistas que se ganan el pan trabajando de pianas, que son legión.

Y hay algunas que si las aseguran a tono de la producción normal, serían capaces de arruinar a la compañía más poderosa.

\*\*\*

Un diario nocturno ha dado comienzo a una nueva sección en la que pregunta a los autores de teatro:

¿Cómo escribe usted sus obras?

Por adelantado creemos que no todos han de ser sinceros, pues de ser así, algunos tendrían que contestar que se las dan escritas



¿Con que eres marino mercante? ¿Y qué haces en las largas travesías para distraerte?  
El.—¡Me tiro al mar!

Dib. de Herreros.



## Un par de castigo

Se puede llamar una persona todo lo Matías Iturrigorri que quiera y ser todo lo vasco que desee y, no obstante, ser tonto perdido; conclusión irrefutable a la que varios autores hemos llegado meridianamente, después de insospechadas torturaciones cerebrales y multoas cábalas y ecuaciones.

Matías Iturrigorri, tenía una pequeña prueba de descargo en su favor para justificar su acreditada memez, mejor dicho, dos pruebas: haber padecido en su infancia de meningitis y estar perdidamente enamorado de una tanguista, razones las cuales por las que se puede disculpar cualquier idiotez; el individuo está predestinado a ello, le basta tan sólo hallarse en esta situación para lanzarse decididamente al cultivo de toda clase de tonterías, incluso a jugar a la mona o al *foot-ball*.

Iturrigorri, como antes dije, estaba enamorado hasta el desvarío y la inconsciencia de una de esas cataplasmas a lo *garçon*, sanguijuelas de cabaret, que con gran éxito operan en la epidermis de unos muchos primos que aún creen que el cabaret es una cosa divertida.

De esta populosa orden, que bien pudiéramos llamar (con permiso especial de la R. A. de la L. E.), *Primus-cabaretómanos*, formaba parte Matías Iturrigorri. Su buena fe y los efectos de la pretérita meningitis, le hacían ver el cabaret como algo paradisiaco (algún viso de exactitud había por la cantidad de adanes que lo frecuentaban), y era de ellos un ferviente parroquiano, especialmente del Momo-Palace (alguien, malévolaemente, lo llamaba Memo-Palace), donde su asiduidad era algo tan preciso como el uso de un regenerador del cabello para la extirpación de los callos.

Una noche, Iturrigorri recibió una fuerte impresión; en el Momo-Palace había una tanguista nueva que le hizo significativas cosquillas en la popular viscera cardíaca.

Parece que a Pochola (a quien tengo el gusto de presentar en el *role* de tanguista) tampoco le pareció mal Matías o su cara de primo la emocionó fuertemente, pues decirse puede que toda la noche la dedicó al joven bilbaíno, a quien las frases de 'Pochola y sus aristocráticos "¡Amos, anda!" "¡No seas gilí!" "¡Nos ha *chinchao* el *manús* de la *cobay!*" le emocionaban hasta la más contundente enajenación que registran las crónicas, desde Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa, Daóiz y Velarde, etc., etc., hasta los contemporáneos Loreto y Chicote y otros contumaces de la pasión.

Y aquella noche Matías Iturrigorri cuando yendo del brazo de Pochola, atravesaba el puente de Isabel II, sobre el Nervión, le parecía que el reflejo de fuego, en el cielo, de los Altos Hor-



CONTENTA DE SI MISMA, por Montero Bosch.

—Cuando veo el cuerpo que tengo, comprendo que esté sirviendo.

nos, era algo así como el apoteosis super-quintaesencial, apocalíptico y conmoviente de toda su vida pasada... Ahora se debía a Pochola, se debía a su amor y se debía marchar de Bilbao, cosa que, con muy buen juicio, llegó a realizar entre las correspondientes puyas y directas indirectas con que sus cofrades del *Primus-Cabaretómanos* tuvieron a bien obsequiarle.

Sentaron sus reales en Madrid. Bueno, esto de los reales es un cupro-níquel decir, pues, en honor a la verdad,

el joven Iturrigorri logró de su amada familia el favor de unos miles de pesetejas, con las que pensaba labrar, en colaboración de su amada Pochola, una felicidad envidiable.

Pero los muchos tientos, sin ídem, dados a la bolsa, iban dando al traste con el haber monetario, y Matías, que ni por equivocación había tenido el deplorable gusto de trabajar en su vida, se vió en el trance terrible de hacerlo, para lo cual y valiéndose de familiares influencias, fué colocado en una casa de



—Lee la carta de ése.  
—¿Es descriptiva como la de ayer? Porque si es como la de ayer, no ¡la leo como no sea dentro del baño.

Dib. de Picó.

banca madrileña, donde tenía ocupadas todas las horas del día; quizá debido a este abandono, Pochola no le guardaba muchas consideraciones a su querido *tío*.

Una tarde se cruzó en su camino un mozo garboso, un castigador, que se dice ahora, y tal fuego puso en sus frases y tan interesante parecía ser la conversación que Pochola y el susodicho castigador, de común acuerdo, decidieron continuarla con más intimidad y más unión en una discreta alcoba de una no menos discreta casa.

Pochola estaba en estado interesante. Cosa muy natural y lógica, dado su atán por atracarse de manzanas, y sus caprichos crecieron; Matías Iturrigorri no sabía negarse a nada y, poco a poco, iba dejando su fortuna en las hábiles redes tendidas por Pochola y su... castigador.

No servían las enérgicas amonestaciones de sus mayores ni los consejos amables de su hermano; decididamente Matías era un predestinado; su tontería crónica no tenía límites y de ella se aprovechaban Pochola y su amante.

Pero el día fatal llegó; Pochola dió a luz dos robustos varones, y al mismo tiempo que llegaban al mundo, salían de casa de Matías casi los postreros muebles camino de los amorosos brazos de un preñero.

Como la enferma necesitaba cuidados y alimentos fuertes, Iturrigorri llegó a cobrar dos meses anticipados en la casa de banca, a rogar un préstamo a su familia y a pignorar hasta las prendas de muy íntimo uso.

Y cuando Pochola se reptó, con una desnaturalización edificante, abandonó a Iturrigorri y a sus hijos.

\*\*\*

Cuando el hermano de Matías entró en la alcoba vió a éste acostado, con la sábana hasta el cuello y un nene a cada lado.

—Pero, ¿cómo te es, Matías?, ¿te dejó la mujer, hermano?

—Mira tú—contestó Matías con voz doliente—, favor me *hases* si te coges estos pequeños y los llevas a la Inclusa.

—¿Te atreves a ser mal padre?, ¿quieres echar de tu lado a esos dos niños?, ¡*pasiencia* ten!

—¡*Pasiencia, pasiencia!* Para qué quiero yo estos gemelos, ¡si ni aun camisa me dejó Pochola, pues!

—¡Equivocado te estás! Te han de servir para que veas mejor la vida... Sí, sí, hermano, ¡has de mirar por ellos!

Y un amargo sollozo y un estornudo se escapó del cuerpo de Matías Iturrigorri.

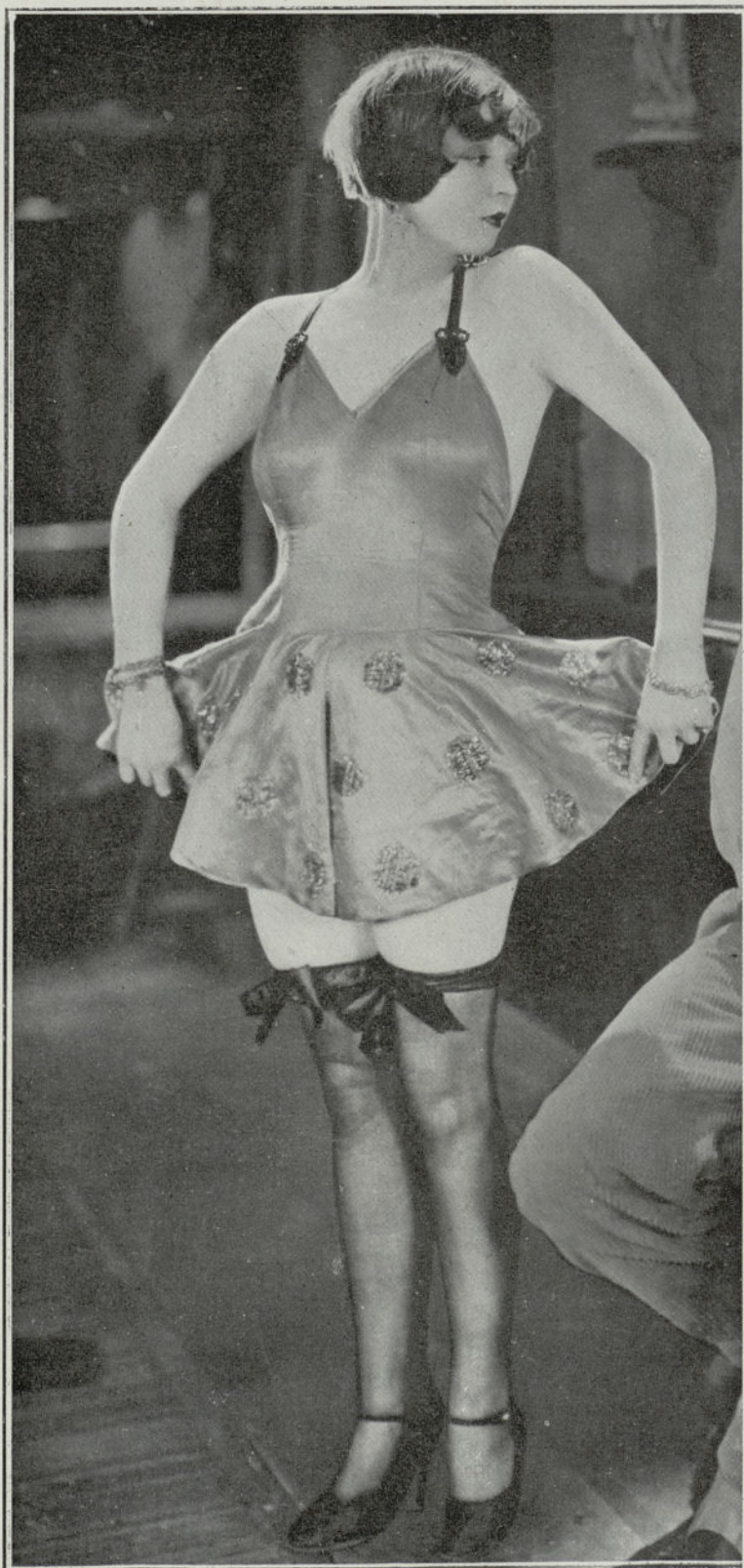
MIGUEL ANGEL DE PEREDA.

Toda la belleza de Europa y once kilómetros adentro de Torrejón de Ardoz, está condensada en las fotografías que daremos en nuestro Extraordinario de Primavera.



LAS BELLAS DEL CINEMATOGRAFO.—Lili Damita en la hermosa película "La poupée de Paris".

Foto ERNESTO GONZÁLEZ.



*La bellissima actriz Lilian Mur en la graciosa cinta "¿Y a mí, qué!"  
(¡Bueno!: Está como para no dejar un mueble sano.)*